

ESTILO COMPADRE



Ernesto Rodríguez Arias

A mis Ernestos,
mi padre y mi hijo.
Sin olvidarme de
mi mujer, Mónica.

1

León, España. 1937

—Perdona, Señor, porque no sé lo que hago.

Jacinto se fijó en la mirada del Cristo que había en el retablo y pensó que le estaba mirando como un padre mira a un hijo cuando le perdona.

Un poco menos culpable, dio la vuelta y se dirigió hacia el fondo de la iglesia donde estaba expuesto el Cáliz de doña Urraca sobre una mesa de madera envejecida. Metió la mano en el bolso del abrigo y saco el pequeño paquete envuelto en papel donde había guardado el dedo ensangrentado. Recordó el pacto.

Miró a su alrededor y solo había una señora rezando el rosario y un monaguillo limpiando una pequeña virgen con un trapo. Pensó que era el momento ideal de acabar con la locura que hacía unos días había empezado en una pequeña tasca cerca de la prisión de San Marcos. Sin ni siquiera comprobar si estaba el otro "paquete", soltó el suyo y se dirigió hacia el portalón de la iglesia, dejó un pequeño donativo sobre el cepillo y se fue a toda prisa. Todavía le temblaban las manos pensando en lo que había hecho, pero estaba alegre. Rogelio lo estaría aún más.

Recordó cuando la Guardia Civil llegó a su casa en el barrio de San Claudio para detener a su padre.

—Buenos días, señora —le dijeron a su madre—. ¿Se encuentra el señor Cachán?

—¿Padre o hijo? —preguntó ella.

—Padre, suponemos... Preguntamos por un maestro de 54 años. Claudio Cachán.

—Sí, sí, es el padre. Pero... ¿qué ha pasado?

—Por favor, dígame que salga, queremos hablar con él.

Su madre sabía que nada bueno podía hacer la Guardia Civil en la puerta de su casa en tiempos de guerra. Los nacionales ya habían tomado León y se estaban dedicando a encerrar en la cárcel de San Marcos a todo aquel que tenía algún pasado en la república o, simplemente, algún pasado. No podía hacer otra cosa que llamar a su marido, muy a su pesar.

Cuando se dio la vuelta Claudio ya se encontraba detrás de ella. Era un hombre con cara de buena persona, dedicado a enseñar las cosas más importantes de la vida y los pequeños placeres que todo hombre encuentra en el saber: los ríos, las provincias, los reyes, las letras. Con el miedo en el cuerpo al oír a la Guardia Civil, se levantó del sofá y fue hacia la puerta, era el padre de familia.

—Buenos días, yo soy Claudio Cachán. ¿Qué se les ofrece?

Los 4 guardias civiles apretaron con la mano derecha la cinta del fusil.

—Tiene que acompañarnos, está usted detenido —le dijo uno de ellos, el más mayor. Tenía cara de pocos amigos.

—¿Yo? —respondió Claudio estupefacto— ¿Y se pude saber de qué se me acusa?

—Rebelión Militar, Republicano y por ideas contrarias al Movimiento Nacional.

—¡Rebelión Militar! ¡Republicano! —gritó la mujer— Pero cómo es posible si mi marido es una persona que está en contra de la guerra. No está afiliada a ningún partido y nunca se rebeló en contra de nadie.

—Tranquila cariño, imagino que se aclarará todo en las dependencias judiciales. Sea.

Claudio les acompañó sin oponer resistencia, pues no era culpable de nada. Trató de tranquilizar a su mujer pero sabía que en los días que le había tocado vivir las cosas se aclaraban pocas veces. Aun así, quiso calmar a su mujer antes de irse.

—No tardaré en volver, seguro que es un error.

—¡Por favor, no se lo lleven! —gritó llorando la mujer—. Es mi marido y no ha hecho nada, se lo juro. Toda su vida se ha dedicado a enseñar a leer y a escribir a los niños de la escuela. ¿Eso es un delito?

La mujer de Claudio sabía que muchos no volvían.

—Depende de lo que enseñe, señora —dijo el guardia que hablaba—. Nosotros no hacemos juicios, solo hacemos lo que nos mandan, y a su marido le han acusado por escribir textos republicanos, comunistas o de lo que sean. Son textos que incitan a la rebelión. No podemos decirle nada más. Si es cierto que no es culpable, todo se aclarará y no pasará nada.

Jacinto, el hijo de Claudio, todavía podía oír los gritos y llantos de su madre mientras la guardia civil llevaba esposado a su padre por la escalera hacia el camión que estaba aparcado en la acera. En el momento de la detención, Jacinto subía por las escaleras de su casa y se encontró con su padre acompañado de los cuatro guardias civiles que bajaban por las escaleras.

—¡Padre, qué pasa!

—Nada hijo. Seguro que es una confusión, sube y tranquiliza a tu madre, dile que mañana todo esto será un mal recuerdo. Te quiero.

Un vecino al oír el alboroto salió a la escalera y en voz baja, al pasar Jacinto por su puerta, cuando subía, le oyó susurrar “Familia de comunistas...” . Algo iba mal.

Jacinto le espetó una mirada que asustó al vecino y se metió dentro de casa rápidamente, por si acaso. Aferró a su madre entre sus brazos para tranquilizarla.

—¿Qué ha pasado, madre?

—¡Dios mío, hijo, se han llevado detenido a tu padre! Según los guardias, por rebelión militar y republicano.

Jacinto sabía que su padre siempre comulgó con los republicanos, pero nunca había pertenecido a ninguna organización, ni siquiera cuando empezó la guerra. Cuando los nacionales entraron en León, muchos amigos de su padre se fueron a Asturias en busca de refugio por lo que pudiera pasar, pero su padre pensó que nunca se había metido en líos y que no podrían acusarle de nada. Sin embargo, se había olvidado de un artículo publicado en el pequeño periódico La Democracia, dirigido por el alcalde Socialista de León Miguel Castaño.

Claudio acababa de llegar como maestro a Folgoso de la Ribera, cerca de Bembibre, donde pasaron los primeros años de vida de Jacinto. Le hicieron una pequeña entrevista para un periódico como maestro recién llegado. “¿Qué opina de la política actual del país?”, le preguntó el periodista. “Creo que este país se merece alguien que gobierne por y para el pueblo. Todos deberíamos impedir que reyes o cualquier otro ciudadano puedan tener privilegios solo por el hecho de ‘ser o nacer’ mientras otros pasan hambre. No sé si llegaremos a una guerra, pero desde luego yo estaré a favor de aquellos que defiendan a los ciudadanos del pueblo, comunistas, republicanos o lo que sean”. Se olvidó de aumentar la lista con los franquistas y falangistas.

Miguel Castaño, alcalde de León, dirigente del PSOE y del periódico, fue fusilado el 21 de noviembre de 1936 en el Campo de

Tiro de Puente Castro, un pueblo aledaño a la capital leonesa. Claudio ya no recordaba la entrevista para su periódico.

Eran días de chivatazos, venganzas y todo tipo de atropellos sin sentido, solo por el hecho de hacer mal a alguien o porque no te caía bien, por unas tierras, por ideas contrarias, por cualquier cosa. Mucha gente se aprovechaba de la situación para acusar injustamente y resolver viejas rencillas.

—Madre, tranquila. Ahora mismo voy a San Marcos, allí es donde llevan ahora a los detenidos. Me enteraré de algo más, pero por Dios tranquilícese, le va a dar algo.

San Marcos había sido de todo: convento, prisión, casa de misiones, escuela de veterinaria, hospital. Desde que los nacionales entraron en León y vencieron, lo habían convertido en un centro de concentración donde alojaban a los prisioneros de la guerra: rojos, comunistas, socialistas, afiliados al sindicato y gente de bien sobre los que albergaba alguna duda. De San Marcos salían camiones para “dar el paseílo” a presos que ya no volvían. Los nacionales no querían complicaciones. Estaban ganando la guerra, pero tenían que limpiar la nación.

Jacinto dejó a su madre en casa cuando paró de llorar y suplicar a Dios por su marido. Se dirigió a San Marcos.

En la puerta, un militar le puso mala cara.

—¿Dónde te crees que vas?

—Vengo a preguntar por mi padre, que acaba de ser detenido.

El soldado le miró con pesar, como presintiendo algo que no tenía remedio.

—Bien, pasa por la primera puerta a la derecha. Pregunta al capitán.

Llamó a la puerta y al pasar se encontró en una pequeña sala donde un hombre de uniforme con bigote, estaba sentado mirando unos papeles. A Jacinto no le dio buena espina, el supuesto capitán tenía cara de no querer estar donde estaba.

—¿Quién es usted y qué quiere?

—Me llamo Jacinto Cachán. Vengo a informarme sobre mi padre que ha sido detenido por rebelión militar y otras cosas absurdas. Le agradecería me aclarara si hubo una confusión, o qué es lo que ha pasado.

—¿Una confusión? —dijo el capitán— ¿Cree que nosotros nos confundimos? Nosotros, cuando detenemos a una persona, es por algo, no por confusión. Estamos en guerra, muchacho.

—Pero mi padre... nunca ha sido rebelde ni nada por el estilo.

—Supongo que es el hijo del maestro Claudio Cachán. ¿No es así?

—Sí, soy su hijo.

El capitán sacó del cajón una carpeta vieja con el nombre de su padre en la portada, la abrió y le dio a Jacinto una hoja de papel de periódico que había dentro. Jacinto leyó la entrevista a su padre.

—¿Y esto qué significa? —preguntó Jacinto.

—Pues muchacho, significa que su padre es republicano o comunista. Significa que está en contra del régimen que vamos a establecer en este glorioso país y que, desafortunadamente, por gente como su padre tenemos que luchar para conseguirlo. Te recuerdo que por lo menos aquí en León ya hemos ganado la guerra, por mucho que le joda a tu padre, que le joderá.

—Pero señor, esto solo es una entrevista y en ella mi padre no dice en ningún momento nada en contra de nadie, solo que está a favor del pueblo.

—Se puede estar a favor del pueblo de muchas formas y su padre lo está justo de la forma equivocada. De momento está detenido en espera del juicio, ya se verá. Si ahora me disculpa, estoy muy ocupado.

El capitán le hizo un ademán con la mano para que abandonara el despacho.

—¿Cuándo será el juicio?

—No lo sabemos, aquí tenemos más de 1.000 presos, estamos en fechas muy complicadas y los consejos de guerra se hacen de forma masiva. Consiga un buen abogado, es lo único que le puedo decir, nada más.

—¿Puedo verle?

—Acaba de ser encerrado, tendrá que esperar a mañana. Podrá verle en las horas de visita.

Jacinto salió de San Marcos con la cara desencajada. Los rumores eran que todo el que entraba en la cárcel ya no salía jamás. Rumores sobre camiones que se llevaban a los presos de “paseo” con billete solo de ida, rumores sobre que las condiciones en las que estaban los presos eran inhumanas, rumores. Volvería al día siguiente.

La puerta de San Marcos estaba llena de gente humilde con bocado y cara de sufrimiento. La suya también, no había pegado ojo en toda la noche. Jacinto solo quería ver a su padre, lo demás no le importaba, pero aún así, el ambiente que se respiraba era de desesperación. Por fin se abrieron las puertas y todos pasaron medio corriendo, como si alguna mala noticia les esperara dentro.

Jacinto vio a su padre con el pelo rapado y la cara con golpes recientes. Sin embargo, su padre al verle sonrió queriendo quitar hierro al asunto.

—¿Qué tal tu madre?

—Bien. ¿Y tú?

—Bueno, he tenido momentos mejores... Como no hay espacio estamos en celdas pequeñas mucha gente. Por lo demás... bien.

—Padre, ¿esos golpes?

—Nada, ya sabes que aquí al entrar te interrogan y los nacionales tienen fama de ser duros en los interrogatorios, tienen que ganarse su fama.

—Pero... ¿por qué?

—Mira hijo, el caso es que estoy aquí. La gente que lleva mucho tiempo está peor que yo, no quiero llegar a estar como ellos. Lo único que quiero es que esto pase rápido. Si me pasara algo, quiero que sepas que yo no soy culpable de nada. Siempre intenté ser una buena persona, pero a veces la vida se tuerce. Ahora mismo, la cosa pinta mal. Tuve que reconocer lo que ellos llaman "los hechos". Una entrevista que me hicieron hace unos años para un periódico. Al parecer, decir lo que uno piensa, hoy en día, es un delito. No quiero que te preocupes por mí, cuida de tu madre, por favor, ella no está acostumbrada a estar sola. Si algo me pasara....

—No te preocupes papa, te sacaremos de aquí. Encontraremos un buen abogado o alguien que tenga influencia con los nacionales. No sé, alguna cosa podremos hacer. Quizás todo se aclare.

—¿Qué hay que aclarar hijo? Creo que ya lo tienen todo claro. Un abogado o una ayuda de alguien os dejará en la ruina y probablemente no sirva de nada. No hagas nada, esperemos a ver lo que pasa. Confiemos en la justicia, puede que todo se arregle.

—Da igual el dinero, lo sacaremos de donde haga falta. ¡Necesitas que te defiendan de esta injusticia! Tengo un amigo que pertenece al Bloque Nacional. Quizás nos pueda ayudar.

—Hijo, ya reconocí el delito. Todo está claro. No puedo retractarme de algo que está por escrito. Esperemos que no sea muy grave.

—Pero no te pueden encerrar solo por eso.

—Parece ser que sí. Puede que sean comprensivos. Esperemos al juicio. Me gustaría que todo fuera rápido, no sé si podré aguantar aquí mucho tiempo.

Pasaron cinco días, la rutina en la cárcel era insoportable. A Claudio y a los otros 87 presos que estaban con él en la misma celda, los levantaban a las seis de la mañana y, tras evacuar sus necesidades, se les formaba en el patio para que se lavaran en un pozo artesiano. Mientras tanto, los guardias repartían golpes con vergajos y fusiles, sin respetar edades ni situaciones. Entre las nueve y las diez de la mañana, se presentaba el cabo de presos y llamaba a maestros, médicos, veterinarios, abogados y contables; es decir, todo aquel que poseyese una carrera o tuviese algún estudio superior. Claudio era uno de ellos.

Se les dotaba de cubos y escobas con las que tenían que barrer y limpiar las dependencias de sus propios carceleros, al mismo tiempo que pasillos y retretes. Si alguno mostraba resistencia por no permitírsele su estómago o enfermedad, era obligado a hacerlo con las manos, amén de recibir unos cuantos culatazos. Así fueron los primeros cinco días.

El sexto día, Claudio intentó ayudar a un hombre que estaba vomitando mientras limpiaba las letrinas.

—¡Jodido Rojo! ¡Ahora te da asco la Mierda! —le gritó el guardia.

Le dio un culatazo a Claudio en la espalda, cayó boca arriba mareado por el golpe. Cuando el guardia intentó darle otro culatazo en el estómago, le cogió la escopeta con las manos para impedirsele

y el guardia cayó al suelo. Al levantarse, tenía los ojos ensangrentados de rabia. Apuntó y disparó a la cabeza de Claudio. Pensó que era mejor así, el sufrimiento cuanto más rápido acabe, mejor.

Acababa de salir de preguntar por su padre de la prisión de San Marcos. Le dijeron que su padre fue ejecutado por rebelarse a las autoridades. Tuvo que sentarse porque notó que las piernas no le sujetaban el cuerpo. No entendía nada.

El capitán en esta ocasión le recibió con dos guardias, uno a cada lado a modo de guardaespaldas, con las escopetas colgadas en el hombro y cara seria, la ocasión lo requería. Se levantó de su mesa y le consoló como un verdugo consuela al ejecutado. El capitán y los soldados salieron de la oficina para dejarle a solas.

Después de un buen rato sentado solo en el garito del capitán, se levantó, no podía creerse lo que le acababan de contar. Se abrochó su gabardina vieja, se enroscó la bufanda para protegerse del frío y se marchó sin mirar atrás, sin poder volver la mirada sobre el lugar donde mataron a su padre. Iba caminando y todo era muy raro, ayer su padre era su padre y hoy era un fusilado más, ya no podría abrazarle, ya no podría preguntarle por las dudas en geografía, ya no podría salir a pasear con él por las calles de León, ya no podría darle un beso al salir de casa, simplemente, ya no podría verlo más. ¿Qué le iba a decir a su madre? ¿Cómo iban a sobrevivir? Ahora todo sería mucho más difícil, pero no tener el cariño de su padre, sería lo que más trabajo le iba a costar asimilar. En menos de una semana Jacinto sintió que su vida era totalmente diferente.

Caminando, sin darse apenas ni cuenta, se encontró abriendo la puerta de un bar cercano a San Marcos. Se acercó a la barra y pidió un vino. Tenía los ojos rojos por el llanto que no pudo llorar.

—Vino. Uno grande por favor.

En el bar solo había tres hombres, dos de ellos tenían una animada charla producto de los vinos que llevaban en el cuerpo sobre si las mujeres rubias eran más guapas que las morenas, seguramente eran de los pocos temas que se podían hablar en los tiempos que corrían, sin peligro de que alguien escuchara y no le gustara de lo que se hablaba.

El tercero era el más alto, llevaba unos pantalones grises de paño con tirantes y una camisa blanca bastante nueva, ropa cara. El abrigo negro lo llevaba entre los brazos aunque en el bar no hiciera mucho calor. Permanecía con el sombrero puesto, lo que le daba un aire de hombre malo, su cara no decía lo mismo. Miró a Jacinto con cara de comprender por lo que estaba pasando, se acercó a la barra, miró al camarero de aspecto viejo por la vida pero joven por edad. Pidió un vino.

—Para mí también grande. ¿Un mal día?

—¿Un mal día? Yo no lo llamaría así. Un día para el que no estaba preparado, simplemente. Da igual, creo que no me apetece hablar del tema. Pero gracias por preguntar.

—Tranquilo, muchacho. Solo quería entretenerme charlando con alguien. Yo llevo ya varios días, exactamente cuatro bastantes malos, quizás tan malos como el tuyo.

El hombre pensó que la única forma de entablar conversación y enterarse de lo que quería, era contarle su pena.

—No sé qué te habrá pasado, pero yo he perdido a mi padre hace cuatro días por culpa de esta puta guerra, bueno más bien por culpa de un cabrón cobarde que se aprovecha de esta puta guerra. Delató a mi padre injustamente y lo fusilaron después de trece días encerrado aquí al lado, en San Marcos.

—¿Conoces al delator? —preguntó Jacinto.

—Sí, lo veo casi todos los días en Astorga, mi pueblo, el muy... anda por el pueblo como si nada, encima creo que no se arrepiente en absoluto. El caso es que delató a mi padre para poder quedarse por cuatro duros con sus tierras, que deberían ser mías, pero eso no es lo realmente importante. Mi padre fue un buen hombre que siempre ayudó a todo el que pudo y nunca se metió en ningún lío, pero este hijo de mala madre, es el cuñado del comandante que ahora manda en Astorga. El muy cabrón anda por ahí diciendo “voy a liberar a nuestro pueblo de la Anarquía y el Comunismo” . En una dictadura, en la muerte y la injusticia es donde nos han metido. Su cuñado se quiere hacer el dueño de todo el pueblo fusilando a todo aquel que tenga algo que le pueda valer para hacerse rico.

—Lo siento mucho, de verdad. Pero no merece la pena torturarse. Ya no hay remedio, mejor beber y callar —replicó Jacinto.

—¿No hay remedio? Amigo, la injusticia hay que combatirla. ¿Qué va a pasar con este país si dejamos que se salgan con la suya? ¡Hay que darles un buen escarmiento!

Jacinto miró hacia los dos lados, hablar así a un desconocido en un bar no era algo habitual. Aun así le contestó:

—En esta guerra creo que ya luchan demasiados.

—Yo no hablo de la guerra. Yo hablo de injusticia, de falsos testimonios, de gente que hace daño. Incluso son capaces de llevar al paredón a gente inocente solo para ganar algo de dinero. No les importa delatar injustamente a los demás. La guerra es a veces un buen vehículo para esta gentuza. Yo hablo de escarmentar a todos éstos. De eso hablo.

—¿Escarmentar? —preguntó Jacinto.

—Sí, no se pueden salir con la suya. Hay que dejarles un buen recuerdo, un recuerdo que no olviden mientras vivan. Pero bueno, no nos hemos presentado, yo soy Rogelio Suárez, encantado.

—Jacinto, encantado.

—¿Por qué no nos sentamos en esa mesa y ahogamos nuestras penas con otro vino? ¡Camarero!, ponga otros dos vinos de los grandes, por favor. Invito yo.

Jacinto se sentó en la mesa con Rogelio, sin saber muy bien para qué, pero lo de ahogar las penas le pareció buena idea en ese momento. Se sentaron y posaron sus vasos de vino, uno en frente al otro. Antes les dieron un buen trago.

—Bueno, Jacinto. ¿Y tú?

—¿Yo?

—¿Cuál es tu pena?

—Mi pena es más reciente, de hoy mismo. Acaban de decirme que mi padre ha muerto, más bien que lo mataron.

—¿Estaba preso en San Marcos?

—Sí, solo duró cinco días. Le dieron un tiro por enfrentarse con un guarda en la prisión. Por lo menos, esa es la versión oficial.

—¿Quién lo delató?

—¿Lo delató? —preguntó Jacinto. No sabía de qué le estaba hablando.

—Si lo prefieres. ¿Por qué estuvo detenido en San Marcos?

—Por escribir un artículo absurdo, una tontería. Le culparon de rebelión militar y republicano. ¡Qué tontería! Mi padre nunca militó en ningún partido. Únicamente le hicieron una entrevista en un periódico en la que defendía al pueblo y criticaba a los que se enriquecían a costa del pueblo. ¿Eso es ser republicano?

—¿Una entrevista? ¿Era alguien importante?

—¡Qué va! Era maestro. Me resulta difícil decir era. Llegó como maestro nuevo a un pueblo. Un periodista le hizo una entrevista, probablemente para rellenar algún hueco del periódico.

—¿Qué periódico?—preguntó Rogelio.

—En la Democracia.

—¡Joder! ¿Ese no era el de Miguel Castaño, el alcalde de León que fusilaron hace poco?

—Sí, creo que sí. Estoy seguro de que en ese momento ni lo sabía.

—¿En qué pueblo fue?

—En Folgoso de la Ribera. Pero.... ¿Eso qué más da?

—Mira, la mayoría de los que están presos en San Marcos es porque alguien les delató, seguro que le acusó de algo en contra del nuevo régimen, ese tan maravilloso que quieren implantar en España. La guerra no solo quieren ganarla en el frente, también quieren ganarla acabando con todos los posibles anti régimen. Les da igual si la acusación es falsa o no, ellos lo único que quieren es estar seguros de que no quede nadie sospechoso, lo tienen claro, si la acusación la hace alguien cercano a sus ideas, mejor. No hay que investigar mucho, se detiene, se fusila y uno menos. A tu padre no le fueron a detener por ese artículo, lo detuvieron porque alguien les dijo lo del artículo, no creo que los nacionales lean todas las noticias de los periódicos. Alguien le acusaría, les enseñaría el artículo y les daría algunas buenas ideas para detenerle y matarle. Seguro que hasta le conoces.

—¿Tú crees? No pienso que mi padre tenga muchos enemigos. Bueno, eso creo.

—Mira, si tú quieres darme el nombre de tu padre yo haré algunas averiguaciones. Me enteraré de quién fue. Tengo contactos

dentro de los nacionales, me proporcionan buena información, a cambio de dinero por supuesto.

—¿Crees que alguien le delató de verdad?

—¡Seguro! Quedaremos aquí mismo a las cinco de la tarde el viernes que viene, dentro de una semana. Si averiguo algo te lo diré. Si no es así, tomaremos un vino. Pero entonces invitarás tú.

—¿Por qué harías eso por mí?

—Si es lo que yo creo, en una semana lo sabrás.

La luna comenzaba a verse entre el cielo nublado. Rogelio estaba apoyado en una columna de los soportales de la Plaza Mayor de León, eran las ocho de la tarde. Se aproxima un hombre vestido de militar. Rogelio le espera. El militar saca un papel que entrega a Rogelio. Le entrega un sobre con dinero, el militar lo examina, hace un gesto de asentimiento y se marcha por donde vino. Rogelio lee el papel, su cara esboza una sonrisa y piensa en la oscuridad “lo sabía, amigo Jacinto, puede que seas mi hombre”.

2

Jacinto pasó la semana bastante liado entre el entierro y consolar a su madre. De vez en cuando pensaba en lo que dijo Rogelio en el bar, no podía dejar de darle vueltas a quién podría haber delatado a su padre. Quizás Rogelio exageraba y, simplemente, no había delator. Deseaba que llegara el viernes. Necesitaba saber si todo esto tenía algún sentido.

—Un vino grande, por favor —Jacinto llegó diez minutos antes de la cita.

Al poco tiempo, se abrió la puerta del bar y Rogelio entró con su porte elegante, se quitó el abrigo que colgó de sus brazos, pero el sombrero lo dejó en su cabeza y se acercó a Jacinto.

—¿Nos sentamos en la mesa, compañero? —le preguntó a Jacinto.

Los dos hombres se sentaron en la misma mesa en la que tomaron el último vino hacía una semana. En el bar solo estaba el camarero y otro cliente en la barra, nada preocupante.

—Bien, Rogelio. ¿Sabes algo? —Jacinto no podía esperar más, pasó de formalismos.

—¿Cómo estás, Jacinto? La buena educación nunca se debe perder —le dijo—. Ya sé que nervioso, pero eso no nos va a servir para la tarea que tenemos por delante.

—¿Tarea? Bueno... da igual. Estoy bien. Pero con ganas de saber algo. Esta semana no he dejado de pensar en lo que hablamos. Quiero saber si es cierto que existe un delator o no. Lo veo poco probable, pero nunca se sabe. A mí no se me ocurre nadie.

—¿Te suena el nombre de Lorenzo Pedrales Romero?

—La verdad es que no.

—¿De Folgoso de la Ribera?

—¡Joder! Es un cacique del pueblo donde dio clases mi padre. Se llevaba mal con él porque la casa que le concedieron a mi padre, una casa del pueblo, era donde vivía su hija y al llegar nosotros tuvo que cedérnosla. Un día en el bar creo que dijo que los rojos deberían vivir en Rusia o en la calle, que es de donde vienen, malhumorado porque su hija tuvo que volver a su casa. Mi padre no le dio la menor importancia.

—Pues ahora creo que la hija ha vuelto a la casa del maestro. Él fue el delator. Enseñó la noticia del periódico a los nacionales. El resto ya lo sabes.

—¿Pero solo por la entrevista en el periódico?

—Mira, seguro que además de eso, algo les contaría, todo falso, solo quieren hacer daño, nada más, no se dan cuenta de que el daño que hacen es tan grande, solo piensan en ellos, en su venganza. Son capaces de mentir en lo que sea con tal de aplacar su odio. Si encima tienen una historia en su vida cercana al franquismo, nadie les llevará la contraria. ¡Son defensores de la Patria!

—¡Qué cabronazo! Lo mataría ahora mismo con mis propias manos.

—Tranquilo. Me preguntaste la semana pasada por qué hacía esto por ti. Es hora de que lo sepas. Busco alguien que me ayude a que estos delatores no se olviden de su acusación durante el resto de sus miserables vidas. El otro día cuando te vi entrar por la puerta, tuve una corazonada, pensé que eras el hombre que me iba ayudar. Tú tienes una persona que acusó falsamente a tu padre, yo otra, los dos murieron por eso, por un cabrón mentiroso. En eso estamos en

igualdad de condiciones. Creo que podemos saciar nuestra sed de venganza sin que nos descubran. Tengo un plan.

—Cuéntame. Soy tu hombre —Jacinto no dudó ni un momento en escuchar el plan de Rogelio.

—¿Qué hacen estos hijos de mala madre? Acusar falsamente y buscar la ruina de otras personas, en definitiva hacer daño. Son el dedo acusador, nosotros se lo arrancaremos para que nunca más lo usen. Yo no podría matar, creo que tú tampoco, pero sí dejarles un recuerdo que les impida olvidar.

—¿Un recuerdo?

—Debemos acabar con el dedo acusador. Les cortaremos el dedo con el que acusan, el índice. Yo a tu hombre y tú al mío. No nos podrán relacionar. Cuando yo haga mi trabajo con tu hombre, tú deberás estar en algún sitio que te vea mucha gente, que vean que es imposible que fueras tú. Lo mismo haré yo cuando tú le cortes el dedo al mío.

—¿Cortarles un dedo? ¿Qué venganza es esa?

—Toda su vida verán que no tienen el dedo y recordarán por qué. Debemos asegurarnos de que se enteren que se lo han cortado por delatar y acusar en falso. Jamás se olvidarán al verse la mano. Con eso dedo seguro que no señalan a nadie más para llevarle a la cárcel o a la muerte. Además, siempre que le veas, seguro que sonreírás más que él. Verás en su mano tu venganza. Se lo pensarán antes de acusar a otra persona...

—De acuerdo. ¿Cómo lo haremos?

—Mira dentro de tres días mi delator viene a León a arreglar unos papeles, ya me he asegurado de eso. Solo tienes que seguirle por donde yo te diga. Llevarás una navaja y amoníaco empapado en un trapo. Cuando pase cerca de un portal le empujarás y le golpearás

fuertemente, muy fuerte. Luego le pondrás el paño en la nariz y cuando esté tranquilo, le estiras la mano y le cortas de un buen tajo el dedo. Recuerda: es muy importante que le cortes el dedo índice. Es el dedo con el que se señala. No quiero que señale a nadie de nuevo. Además deberás dejar una nota en un lugar donde pueda encontrarse: “Por mentir y acusar el dedo se va”. ¿Lo tienes claro?

—Sí. ¿Qué haremos después? —Jacinto pensó que Rogelio tenía todo muy pensado, no era algo que se le ocurriera de repente.

—¿Qué haremos? Lo tienes que hacer tú solito. Yo estaré en Astorga, quiero que me vean ciertas personas para que no tengan dudas sobre mí cuando vaya a denunciar que le falta un dedo.

—Entiendo. Pero luego qué hago con el maldito dedo. ¿Tirarlo?

—No. El dedo lo llevarás a la Iglesia de San Isidoro. Lo pondrás detrás de la caja del cáliz de doña Urraca que hay en una caja de cristal. Yo haré lo mismo con “tu dedo”. Quiero que acaben encontrándolos. Encontrarlos en ese lugar desviará la atención de la Guardia Civil, pensarán que es un rito o algo parecido y no le darán mucha importancia. No está el país para hacer muchas investigaciones. Nosotros y los hijos de mala madre sí lo sabremos. Dejaremos la misma nota que cuando les cortemos su maldito dedo. ¿Tienes algo que hacer mañana?

—Tengo una misa por mi Padre. Ya ves, parece una ironía. Le matan por rojo y celebramos una misa por su alma. Mi madre lo quiere así.

—¡Estupendo! Que te vea mucha gente. Mañana tengo un trabajito en Folgoso de la Ribera. ¡Camarero!, otro vino. Largo por favor.

Los dos días siguientes Jacinto no dejó de pensar en la venganza y en cómo Rogelio lo tenía todo pensado y preparado, tuvo que sufrir

mucho la muerte de su padre. Mañana tendría que cortar el dedo a una persona de la que no sabía ni su nombre, solo sabía cómo era por una fotografía en blanco y negro, pero sí sabía que un nuevo amigo se iba a poner muy contento. ¿Tendría valor cuando llegara el momento? Pensó en su padre. ¿Habría Rogelio acabado el trabajo en Folgoso? Pensó de nuevo en su padre.

Un hombre paseaba por un callejón con un traje de color gris y pelliza de pana. En la solapa un pin de la falange y de la bandera de España. No había duda, era él. Era el hombre que acuso al padre de Roberto. Jacinto llevaba dentro de su gabardina una navaja y un paño con un bote de amoníaco, tal como le dijo Rogelio. Le seguía nervioso. El hombre, tranquilo, parecía que nunca había hecho daño a nadie, pero Jacinto sabía que sí. Un empujón, un puñetazo en la cara, un trapo que se moja en amoníaco. Jacinto sacó su navaja, la abrió rápidamente, extendió la mano y cortó el dedo índice. El hombre hizo un gesto de dolor pero no se despertó. La anestesia hizo el efecto deseado. Le miró a la cara. Pensó en su padre. Sangraba demasiado y Jacinto no quería ensuciarse: “Ojalá estuviera aquí Rogelio para verlo”, pensó. Creo que es hora de ir a misa. Dejó una nota al lado del hombre y se fue corriendo dirección San Isidoro.

Pasaron ocho días. Se encontraban en el bar de siempre.

—Buen trabajo—dijo Rogelio.

—Igualmente —contestó Jacinto—. No pensaba que iba a sentirme tan satisfecho, la guardia civil ni siquiera se ha pasado por mi casa.

—Por la mía sí, pero no hay problema. No pueden demostrar nada, solo intuirlo. Ya he visto a mi “amigo” por la calle y te puedo asegurar que fui yo quien sonrió esta vez.

—Yo a mi “amigo” no lo he visto, pero creo que un día de estos voy hacer un viaje hasta Folgoso, hace mucho que no voy por allí y quisiera ver a un viejo conocido.

Los dos sonrieron.

La puerta del bar se abrió, un hombre delgado y canoso entró. Sus ojos estaban sonrojados, seguramente del llanto que hacía poco tuvo en los ojos. Pidió un vino largo en la barra y el camarero miró a Jacinto y Rogelio que estaban sentados en su mesa.

—Rogelio.

—Dime.

—Creo que hay alguien al que le sobra un dedo.

—Yo también.

3

León, 2014, En la actualidad

—¿Que por qué le llaman Tuca? —El Inspector Compadre se rió a carcajadas, realmente se llama Jorge.

—¡Joder, Compadre, no digas mi nombre! —Compadre volvía a sonreír.

—Pero si todo el mundo en León te conoce por Tuca. Qué más te da que te llame Jorge.

—¡Otra vez, coño! Precisamente por eso. No quiero que solo sepan mi verdadero nombre unas putas.

—Oye, no hace falta que seas tan grosero —dijo una de las señoritas.

—Perdón... unas señoritas putas —Tuca se puso serio y las putas más.

—Bueno, tengamos buen rollito, el caso es que cuando éramos jóvenes, unos niños casi, Jorge estaba todo el día diciendo: “Tú, cabrón, pídemme una copa. Tú, cabrón, dame un cigarro. Tú, cabrón, de dónde vienes”. Y de tú, cabrón... salió lo de tuca, ya veis que una chorrada te puede dejar marcado para toda la vida. ¿Verdad, Jorge?

—¡Que no digas mi nombre delante de la putas, joder! —gritó Tuca.

—¡Qué os den! —saltaron las putas.

—Joder, yo pensé que iba a ser al revés, que os íbamos a dar nosotros. ¿No era ese el plan, Compadre?

—¡Vámonos, Petunia!

—Compadre y Tuca comenzaron a descojonarse aunque se quedaron solos.

—Tuca, será mejor que nos piremos, son las cinco de la mañana y es martes. Mañana tengo que madrugar para ir al curro.

—Joder, a mí Nati no sé si me dejará entrar.

Tuca llevaba casado cinco años con Nati, profesora de Música en el Conservatorio de León, aunque no tenían hijos. Le dejaba salir, pero a veces le echaba de casa unos días cuando se pasaba de la cuenta. Tuca siempre se disculpaba con su trabajo de abogado, alegando que estuvo con unos clientes. Al final Nati siempre le dejaba volver, pero no le perdonaba.

Algunas veces Tuca y Compadre salían de vinos y acababan de copas. Lo habitual es que Compadre saliera los fines de semana. No estaba casado, tenía 43 años pero sus pocas relaciones serias no duraban mucho tiempo. Las mujeres le abandonaban a los pocos meses de relación. Tuca tenía más suerte, Nati no le abandonaba.

Si se encontraban tomando un vino a diario, era fácil que les dieran las cinco de la mañana. Normalmente los únicos garitos que estaban abiertos un martes o un miércoles en León, y a esas horas, eran los clubes de alterne. Ellos solo alternaban, no llegaban nunca a más, lo que realmente les importaba era que les sirvieran una copa para seguir la fiesta.

—¿Sabes lo que te digo? ¡A tomar por el culo! Vamos a tomarnos la arrancadera —dijo el Inspector Compadre.

—No, Compadre. Venga, ya la hemos liado bastante para ser un martes, si nos vamos ahora, igual hasta libramos y todo.

Tuca y Compadre, con paso no muy decidido, ni muy recto, salieron del local. Fueron caminando juntos varias calles en dirección al centro de la ciudad. Un coche de Policía se detuvo al lado de ellos.

Dos agentes, un hombre y una mujer bajaron del coche.

—Perdón, señor Inspector, íbamos a pedirles la documentación. Ya sabe... el protocolo a estas horas de la mañana —dijo el policía hombre.

—Tuca, acabo de enamorarme. ¿Quién es esta hermosa policía, Juan?

Juan, el hombre policía de la patrulla se quedó sonriendo, sabía que el Inspector estaba de fiesta.

—Señor Inspector, es la nueva agente, se llama Clara. Está asignada conmigo de compañera de patrulla. Es de Ponferrada.

—Encantado —añadió Compadre—. Espero verla durante mucho tiempo por aquí. Tuca, ¿has visto que compañera? A veces el amor surge en el trabajo. Mañana tendré un motivo más para ir a trabajar.

—¿Mañana? Compadre, no digas tonterías, dirás hoy. Irás jodido a trabajar, seguro. Venga, vámonos y perdone, agente, se nos alargó un poco el día —soltó Tuca a Clara, mientras la miraba suplicando que no tuviera en cuenta a su amigo.

Los dos agentes se montaron en el coche patrulla, Clara no dijo nada, pero soltó una sonrisa al despedirse.

Tuca y Compadre se despidieron con los besos típico de los borrachos cariñosos en el lugar donde cada uno tomaba su camino.

Tuca se fue a casa y entró lo más silencioso que pudo. Nati estaba acostada y durmiendo. Él tenía que acostarse a dormir la mona. Igual Nati al día siguiente no se enteraba de la hora y el estado en que había llegado. Se quitó la ropa tambaleándose, a oscuras, y la dejó dentro del armario sin colocar. Compadre se acostó solo.

Al día siguiente Compadre se levantó a las 12 de la mañana. Se tomó un paracetamol y un Almax, sin desayunar. Era el remedio más

eficaz para la resaca y él lo sabía bien. Se dio una ducha, preparó un café solo, se vistió y salió de casa pensando en lo que iba a decir en Comisaría.

—Buenos días, señor Inspector.

—Buenos días, agente.

Compadre subió las escaleras de la Comisaría hasta el segundo piso donde tenía su pequeño despacho. Abrió la puerta y una vez dentro suspiró: “Joder, qué resacón”. Se sentó en su mesa con las manos en la cara para ver si se le pasaba un poco el dolor de cabeza. Cuando se le estaba pasando, se abrió la puerta y entró el Inspector Jefe Lorenzo.

—Compadre. ¿A qué hora has llegado hoy? Vine hace una hora preguntando por ti y aquí no había nadie.

—Fui al bar de la calle Ordoño II a comprobar si todo iba correcto después del robo del domingo por la noche —Fue la primera excusa que se le ocurrió—. Tomé un café y hablé un rato con el dueño. Me dijo que la aseguradora le pidió la denuncia que puso en Comisaría. Le dije que yo mismo se la llevaría. Por eso no me encontraste.

—Da igual —Lorenzo tenía prisa.

El Inspector Jefe Lorenzo le dejó una carpeta sobre la mesa. En la portada ponía “Caso Cortadedo”.

—Hoy a las 9 de la mañana nos avisaron del Museo de San Isidoro que habían encontrado un dedo cortado detrás del Grial, ese que ahora se está haciendo tan famoso porque dicen que es el auténtico. El dedo parecía de corte reciente. Tú llevarás el caso. Avisa a Matilla y a Javi Pérez. Espero alguna noticia buena lo antes posible y ojo con la prensa, ya sabes. Grial, dedo... empezarán a inventarse chorradas.

Compadre miró la carpeta y el título. Abrió la carpeta y dentro estaba el informe de uno de los agentes a los que avisó el director del museo, unas fotos y un papel con la nota.

—Ah... se me olvidaba. Nos han destinado a una agente nueva en prácticas. Ayer la mandé de patrulla por la noche con Juan, para que conociera un poco los procedimientos en el coche patrulla. Quiero que aprenda un poco de todo. Hoy por la tarde vendrá a tu despacho, sobre las seis de la tarde, y quiero que forme parte de tu equipo para la investigación del caso. Se llama Clara.

—¿Clara?

—Sí, Clara. Clara García. ¿Algún problema?

Compadre recordó el encuentro de hacía apenas unas horas con una tal Clara. “¿Sería la misma? ¡Quién coño iba a ser sino!”, pensó. Agente de policía, patrulla de noche, Juan.... Compadre resopló. Le volvió el dolor de cabeza.

Al poco rato entró por la puerta el agente Matilla. Solía trabajar con Compadre en la mayoría de las ocasiones, pero el Inspector Jefe era reacio a asignar hombres a equipos concretos. No quería compromisos, luego los agentes no querían cambiar de equipo o querían cambiar definitivamente. De esta forma podía disponer de todos, para todo.

—Buenos días, Jefe —dijo Matilla.

—¿Buenos días? Será para alguno.

—Acabo de encontrarme con el Inspector Jefe Lorenzo y me dijo que teníamos un caso nuevo.

—Eso parece. ¿Sabes el nombre del caso?

—Pues no.

—¡Caso Cortadedo! ¿Qué te parece? Tenemos que ir en busca de un hombre que le falta un dedo y de un loco al que le gusta cortarlos. Avisa a Javi Pérez.

Matilla salió del despacho y Compadre se puso a leer el informe con pocas ganas. El informe no ponía gran cosa. El director del museo, un tal Tomás Cañizo, llegó como siempre a las ocho y media de la mañana para abrir el museo. A esa misma hora llegó también la limpiadora, Inés Duque. A las nueve, mientras limpiaba, encontró detrás de la vitrina del Santo Grial algo envuelto en papel de cartón, sujeto con una goma elástica. Lo abrió y dentro se encontró un dedo índice y un papel con una nota. La nota, que tenía algunas manchas de sangre, posiblemente del propio dedo, decía: “por mentir y acusar el dedo se va”. La limpiadora se lo comunicó al director, que llamó a la policía. Cuando se presentaron los agentes, se lo entregó. Los agentes sacaron unas fotos, que estaban adjuntas a la nota en el informe. Recogieron el dedo y lo llevaron al hospital, donde lo tienen guardado en hielo por si se encuentra a su dueño. Según el médico era muy probable que incluso encontrando al dueño, no pudieran volver a implantárselo por el deterioro sufrido. Llevaba más de ocho horas desde que se cortó.

Compadre miró las fotos. Una foto del Grial dentro de una urna de cristal sacada desde detrás del dedo cortado, un corte liso, probablemente con un cuchillo o navaja, y otra foto de la nota escrita en un folio en blanco. La nota estaba escrita a ordenador, tinta negra, el análisis grafológico sería imposible.

La puerta se abrió y entraron Matilla y Javi Pérez. Javi Pérez sí era del equipo de Compadre, el único. Tenía el pelo largo con flequillo, vestía vaqueros y camisa de marca, le gustaba siempre ir vestido a la moda. Tenía tirón con las mujeres, pero estaba casado y con dos

niños, por lo que nunca llegaba más allá del flirteo. Llevaba trabajando varios años con Compadre y se encontraba a gusto, ya eran amigos aparte de compañeros. Compadre también se encontraba a gusto con él, era listo y si tenían que tomar una copa durante el trabajo no hacía ascos. Además Tuco también le conocía y se habían corrido alguna juerga juntos, eso unía.

—Buenos días, Compadre —dijo Javi.

—Para algunos. Bueno... vamos al tajo. Tenemos que investigar este caso —Les explicó lo que había leído—. ¿Por dónde podemos empezar? Hoy no tengo la cabeza para pensar mucho.

—Deberíamos ir primero al Hospital —dijo Javi—. Tienen el dedo y puede que también se acercara allí su dueño para curarse. Tendrá que ir a algún hospital o clínica después del corte.

En ese momento se abrió la puerta y entró el Inspector Jefe.

—Bien. Ya estáis los tres mosqueteros juntos. ¡Estupendo! Han llamado de la Clínica San Francisco, dicen que ha ingresado un hombre con el dedo cortado y que quiere poner una denuncia. ¡Moviendo el culo!

—Vaya, Javi. Estás que te sales —dijo Compadre—. Vamos a por el coche. ¿Te importa conducir?

Los tres agentes subieron al coche camuflado de la policía y se dirigieron a la Clínica San Francisco, una clínica privada y pequeña, pero de mucha fama en la ciudad. Compadre se sentó en el asiento del copiloto, al poco rato abrió la ventanilla. Era junio, hacía calor y Compadre encontró poco consuelo en el aire que le daba en la cara.

Dejaron el coche en el aparcamiento reservado para los médicos de la clínica y pusieron el cartón de policía en el parabrisas. Entraron por la puerta. En el mostrador del hall de entrada Compadre enseñó sus credenciales a la chica que estaba detrás.

—Buenos días. Soy el Inspector Compadre. Venimos a hablar con el hombre que ha ingresado con un dedo cortado. ¿Dónde se encuentra, por favor?

La chica del mostrador tecleó unos cuantos caracteres en el teclado del ordenador. Levantó la mirada y se dirigió a Compadre.

—Está ingresado en la segunda planta, habitación 213. Su caso lo lleva el Doctor Gutiérrez.

Subieron en el ascensor, al llegar al segundo piso salieron hacia la izquierda, las habitaciones estaban numeradas en orden ascendente. Al llegar a la 213 entraron los tres. Solo había un hombre en una de las dos camas de la habitación. Se encontraba algo mareado con una venda en la mano y un golpe en la parte derecha de la cara.

—Buenos días, soy el Inspector Compadre. Creo que quería poner una denuncia. Cuéntenos.

El hombre se incorporó en la cama con cara de dolor.

—¿Buenos días...? Será para algunos. Me llamo Antonio Lara Tapia. Mire, señor Inspector, ayer por la tarde cuando salía del trabajo un hombre, creo, porque no me dio tiempo a verlo bien, me asaltó en la calle, me dio un puñetazo que me dejó KO. Después, según el doctor Gutiérrez, porque yo ya no me enteré de más, me suministró cloroformo para dormirme y me cortó el dedo índice. ¿¡Quién coño hace estas cosas!?

—No lo sabemos pero intentaremos averiguarlo. ¿Dónde trabaja, Antonio?

—Soy el encargado de dispensar billetes en los Cines Van Gogh. También me dedico a repartir los periódicos de la mañana por los quioscos y bares. Como ve, soy pluriempleado, intento ganarme la vida como puedo, varios trabajo y poco sueldo. Como le decía, salía del cine sobre las seis de la tarde a tomar un café antes de la

siguiente sesión y fue cuando ocurrió lo que les he contado. Yo nunca me he metido en problemas, soy un tío normal. ¿Por qué me tiene que pasar a mí esto? —El hombre hizo amago de ponerse a llorar.

—Tranquilícese. Entonces, el dedo se lo cortaron ayer, no hoy.

—Así es, llevo aquí ingresado desde ayer, creo que me darán el alta hoy o mañana como muy tarde. El caso es que no desperté hasta hoy por la mañana.

—¿Y quién le trajo a la clínica?

—Un vecino del portal donde me cortaron el dedo. Me gustaría agradecerse, pero no sé quién es.

Se abrió la puerta de la habitación y entró un hombre de mediana edad, unos cincuenta años con el pelo corto canoso, ojos negros y una barba de tres días que le hacía más interesante.

—Buenos días, agentes. Soy el Doctor Gutiérrez.

—Buenos días —contestó Compadre—. Espero nos pueda ayudar un poco. Soy el Inspector Compadre. ¿Sabe usted quién trajo a este hombre a la clínica?

—Un vecino del portal donde apareció. Dijo que lo encontró inconsciente en el número 7 de la calle San Claudio, sangrando por el dedo y con una nota al lado. El vecino se llama Pedro. Vive en el tercero derecha.

—¿Una nota?

—Sí, un papel, aquí lo tengo, lo traje porque pensé que debería dárselo.

El doctor sacó un papel del bolso de la bata blanca y se lo dio a Compadre. “Por mentir y acusar el dedo se va”.

—¿Es la misma nota que encontraron en San Isidoro? —preguntó Javi.

—Sí, está escrita por ordenador en tinta negra, igual que la que tengo en la carpeta. Oiga, Antonio... ¿Encuentra algún sentido a lo que dice esa nota? No sé... cualquier cosa que se le ocurra nos vendrá bien. Parece que esto es una venganza o es lo que nos quieren hacer creer.

—Ya le he dicho que soy un tipo normal, bueno ahora mismo no estoy muy normal que digamos, pero yo no me meto con nadie, hago mis trabajos y cuido de mi familia, tengo un hijo de tres años. No sé quién podría tener ganas de vengarse de mí. No soy nadie importante.

—Está bien. Mire, le dejaré una tarjeta con mi teléfono, si se acuerda de algo que pueda tener relación me llama. De todas formas cuando salga del hospital y se encuentre bien tendrá que ir a Comisaría en persona para poner la denuncia. Pregunte por el Inspector Compadre y vaya a verme. Nosotros intentaremos averiguar algo más. Por cierto... creo que su dedo está en el hospital de León. Doctor, debería llamarles.

—Pero aquí no operamos amputaciones.

—Pues será mejor que le lleven al hospital. Llame al hospital y entre ustedes verán lo que es mejor para el paciente. Yo no soy médico, pero igual el dedo se puede volver a implantar.

Salieron del hospital y Compadre les invitó a un café en el bar justo enfrente de la clínica. Tenía terraza y Compadre podría fumarse un purito Vegafina, lo necesitaba.

—Bueno, hay una cosa clara —dijo Compadre—. El dedo se lo cortaron ayer sobre las seis de la tarde y lo encontraron hoy a las ocho de la mañana. Está claro que el cortadodos hizo una visita al museo de San Isidoro entre las seis y las... ¿A qué hora cierran ese museo?

Matilla buscó en el móvil el museo. A los treinta segundos ya tenía la respuesta.

—Cierran a las ocho y media de la tarde y abren a las diez de la mañana. De una a cuatro de la tarde está cerrado.

—Pues el cortadedos hizo una visita al museo entre las seis y las ocho y media de la tarde de ayer. Tendremos que acercarnos y comprobar si tienen cámaras de seguridad, pero antes nos acercaremos al portal de la Calle San Claudio, creo que está cerca de aquí.

Después de tomar el café y fumarse el purito, fueron andando hasta la calle San Claudio. Estaba a dos manzanas del bar. Llamaron al tercero derecha y al entrar en el portal vieron que era un normal, un rellano, una escalera y al fondo el ascensor. Subieron al tercer piso, al llegar se encontraba un hombre en la puerta del tercero derecha.

—¿Es usted Pedro? —preguntó Javi.

—Sí, soy yo. La policía, supongo...

—Sí, señor, soy el Inspector Compadre. Creo que usted encontró a un hombre que le faltaba un dedo ayer en el portal. ¿No es así?

—Sí, estaba en el rellano tumbado boca abajo, desmayado y con la mano sobre la primera escalera del rellano. Le faltaba un dedo y estaba sangrando por la cara con un fuerte golpe. Avisé a mi vecino y amigo del primero, Roberto. Lo subimos en mi coche y lo llevamos aquí al lado, a la Clínica San Francisco. Pensamos que tardaríamos menos que si llamábamos a una ambulancia. ¿Hicimos bien...?

—Sí, sí, no se preocupe. ¿Vio a alguien salir del portal?

—No, fue todo muy deprisa, lo primero que se me ocurrió fue llamar a Roberto para que me ayudase. Nada más. No me fijé en nada. Solo quería ayudar a ese hombre. ¿Qué tal se encuentra?

—Bien. Preguntó por usted, creo que quiere agradecerle la ayuda. Está en la 213.

—Creo que aquí poco más podemos sacar, Inspector —dijo Javi.

—Sí, es mejor que nos vayamos. Bueno muchas gracias, para cualquier cosa que recuerde le dejo mi tarjeta. Puede llamarme en cualquier momento o pasarse por la Comisaría. Que tenga un buen día.

Salieron del edificio y fueron directos al coche. Esta vez conducía Compadre.

—Bueno, chicos. Será mejor que nos vayamos a comer, ya son casi las tres de la tarde. Por cierto... Tenemos chica nueva en el grupo. A las seis de la tarde os quiero en mi despacho para hacer las presentaciones. Se llama Clara. Ser puntuales.

—¡Joder! ¿La agente nueva entrará en nuestro equipo? —comentó Matilla.

—¿Nuestro equipo? —dijo Javi— Tú eres provisional, igual que ella —se rió.

—¡Ya vale Javi! —exclamó Compadre—. El Jefe quiere que aprenda de todo un poco. Seremos educados.

—Está bastante buena, será un placer trabajar con ella —dijo Javi con su sonrisa picara de galán.

—Quiero que os portéis bien con ella, que no vea que somos unos gilipollas. ¿Está claro?

—Sí, Jefe —contestaron—. Nos vemos a las seis.

PUEDES COMPRAR EL LIBRO COMPLETO EN

WWW.ESTILOCOMPADRE.COM

GRACIAS

